

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1º Y 15 DE CADA MES

SUMARIO:

Román Rolland. — El camino que sube en espiral.

Nicolás Lenín. — Democracia burguesa y democracia proletaria. (Texto íntegro).

León Trotzky. — De la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk. (La conferencia democrática. Dificultades en el frente y en las retaguardias. La inevitable lucha por el poder gubernativo. La lucha por el Congreso de los Soviets. El conflicto debido a la guarnición de Petrogrado).

Rosa Luxemburgo. — La Internacional. Su reconstrucción.

Manifiesto del grupo «Claridad».

Sem Katayama. — El futuro de China.

Víctor Cyril. — Un llamado.

Franz Weis. — La Alemania de hoy. (Mayoritarios, independientes y comunistas).

Un manifiesto del Partido Comunista Polaco a los soldados franceses.

E. Silvia Pankhurst. — La situación obrera en Inglaterra.

Anatole France. — La función de los maestros

Los documentos que se insertan son auténticos.

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

El camino que sube en espiral

Si desde hace un año estoy guardando silencio, no es por haberse debilitado la fe que expresé en *Por encima del invierno* (ella es más fuerte aún); sino que me he convencido de la inutilidad de hablar a quien no lo quiere escuchar. Sólo los hechos hablarán con trágica evidencia; ellos solos sabrán escalar la espesa muralla de obstinación orgullo y mentira de que se rodean los espíritus para no ver la luz.

Pero nosotros, — como hermanos de cada nación, como hombres que han sabido defender su libertad moral, su razón y su fe en la solidaridad humana, como almas que siguen esperando en el silencio, en la opresión y en el dolor, — debemos mostrar a nosotros mismos que en la noche sangrienta aún brilla la luz, la que nunca se extinguió ni nunca se extinguirá.

En el abismo de miserias en que se hunde Europa, los que saben empuñar una pluma deberían cuidarse bien de agregar un nuevo sufrimiento al conjunto de sufrimientos, o nuevos motivos de odios a la avalancha ardiente de odio. Dos tareas son aún posibles para los raros espíritus libres que tratan de abrir para los otros una salida, una brecha, entre el montón de crímenes y locuras. Aquellos intrépidos, quieren abrir los ojos del propio pueblo sobre sus errores. Tal hacen los valientes ingleses del *Independent Labour Leader* y del *Union of Democratic Control*, esos altos espíritus independientes, Bertrand Russell, E. D. Morel, Norman Angell, Bernard Shaw, unos pocos (¡muy pocos!) alemanes perseguidos, los socialistas italianos y rusos, el maestro de la miseria y la piedad, Gorki y algunos libres franceses.

No es éste mi propósito. Lo que yo quiero es recordar a los hermanos enemigos de Europa lo que ellos tienen de mejor, no de peor; los motivos para creer en una humanidad más cuerda y afectuosa.

Indudablemente, el espectáculo actual es como para hacer dudar de la razón humana. Gran número de aquellos que se habían dormido beatíficamente con la fe en el progreso, en un progreso sin interrupciones ni retrocesos, se han despertado brutalmente, y ahora pasan sin transición desde el exceso absurdo de un perezoso optimismo al vértigo de un pesimismo cuyo fondo no se alcanza. Ellos no están acostumbrados a contemplar la vida sin parapetos. Una muralla de complacientes ilusiones les impedía ver el vacío sobre el cual serpentea, adherido a la roca, el angosto camino de la humanidad. Aquí y allá la muralla se desmorona y el terreno es poco seguro. ¡Sin embargo, hay que pasar y se pasará! Bien otras cosas vieron nuestros padres y lo hemos olvidado.

Los años que hemos vivido fueron plácidos y tranquilos, a excepción de algún choque.

Pero las épocas de tormenta fueron más frecuentes que las de calma, y lo que hoy ocurre es atrozmente anormal sólo para quienes dormitaban en la anormal tranquilidad de una sociedad sin previsión ni memoria.

Pensemos en todo lo que han visto los ojos del pasado, de Budha libertador, de los Orficos adoradores de Dionisio, dios de los inocentes que sufren y serán vindicados; de Xenofón Eleate, que vio a su patria arruinada por Ciro; de Zenón torturado, de Sócrates envenenado, de Platón,

que soñaba bajo los Treinta Tiranos; de Marco Aurelio, que sostuvo el imperio próximo a derrumbarse; de los que asistieron a la caída del viejo mundo; del Obispo de Ipona, en su ciudad reducida al extremo por el sitio de los Vándalos; de los monjes iluminadores, constructores y músicos en medio de una Europa de lobos; los ojos de Dante, Copérnico y Savonarola; destierros, persecuciones, hogueras; el delicado Spinoza construyendo su *Ética* eterna sobre el suelo inundado de la patria invadida, al resplandor de las aldeas incendiadas, y nuestro Miguel Montaigne, en su castillo abierto, durmiendo ligeramente sobre la blanda almohada, escuchando las esquilas de los campanarios aldeanos y preguntándose en sueños si la visita de los degolladores sería para aquella noche.

Verdaderamente, el hombre no ama recordar los espectáculos importunos que turban su reposo. Pero en la historia del mundo el reposo ha sido bien raro, y no es de allí que han salido las almas más grandes. Miremos, sin temblar, pasar la marea furiosa. Para quienes saben escuchar el ritmo de la historia, todo concurre a la única obra, lo peor como lo mejor. Las almas afebradas arrastradas por la avalancha, van, quieren o no quieren, allá donde nos guía la fraternal razón.

Si tuviéramos que contar con el buen sentido de los hombres, su buena voluntad, valor moral y humanitarismo, entonces sí que habría motivos para desesperar. Pero una ciega fatalidad es la que los hace marchar; las fuerzas vivas los empujan como a un rebafío mugiente hacia la meta: la Unidad.

* * *

Nuestra Francia, para forjar su unidad, necesitó siglos de lucha entre sus provincias. Cada una, cada aldea, fué, un día, la patria. Por más de cien años, los habitantes de la vieja Gascuña y Borgoña (mis antepasados) rompieron la cabeza para descubrir finalmente que una misma sangre chorreaba de sus entrañas. Hoy, la guerra que mezcla la sangre de Francia y Alemania, se la hace beber en el mismo vaso, como a los héroes bárbaros de la antigua epopeya, para su unión futura.

¡Aférrense no más y muérdanse! La misma lucha cuerpo a cuerpo los liga. Por más que hagan, esos ejércitos que se degüellan, están menos alejados de corazón de lo que lo estaban antes de afrontarse. Pueden matarse, pero no ignorarse. Y la ignorancia es el extremo círculo de la muerte. Numerosos testimonios, de los frentes opuestos, han hecho conocer claramente este deseo recíproco, aun combatiéndose, de leerse en los ojos los unos a los otros. Estos hombres que de trincheras a trincheras se acechan para matarse, son enemigos quizás, pero no extraños. Un día no lejano, la unión de las naciones de Occidente formará la nueva patria. Ella misma será sólo una etapa sobre el camino conducente a la patria más vasta: Europa.

¿No estamos viendo ya los doce Estados de Europa coligados en dos campos, ensayar, sin saberlo, una federación donde las guerras nacionales serán tan sacrílegas como serían ahora las guerras entre provincias, donde el deber de hoy será el crimen de mañana? Y la necesidad

de esta unión futura, ¿no se afirma acaso por boca de los mismos que predicán la guerra actual: un Guillermo II, con sus Estados Unidos de Europa (1), un Hanotaux, con su Confederación Europea (2), o los Ostwald y Haecckel, que en paz descanzan, con su Sociedad de los Estados, cada uno trabajando, bien entendido, para el santo de des-encación, pero estando todos estos santos al servicio del mismo Señor?...

Además, el enorme caos en que, como en las épocas de las convulsiones del globo en fusión, chocan hoy día todos los elementos humanos de tres viejos continentes, es una quinta de razas, donde se elabora, con la fuerza y el espíritu, la guerra y la paz, la fusión futura de las dos mitades del mundo, de los dos hemisferios del pensamiento: Europa y Asia. No es utopía. Después de tantos años, ese acercamiento estaba anunciado por mil síntomas diversos: atracción del pensamiento y de las artes, política, intereses. La guerra no ha hecho sino apresurar el movimiento. En plena batalla se le elabora. En uno de los Estados hegerantes, después de dos años, se han fundado grandes institutos para el estudio de las civilizaciones comparadas de Europa y Asia y su mutua penetración.

«El fenómeno capital moderno (dice el programa de uno de ellos) (3), es la formación de una cultura universal, salida de las numerosas culturas particulares del pasado... Ninguna de las épocas transcurridas ha visto un salto tan poderoso y nuevo como los últimos siglos y el actual.

Nada que pueda compararse con este conjunto torrencioso de todas las fuerzas reunidas en una única y común energía, realizado en los siglos XIX y XX. Por doquiera elaborase en el Estado, en la ciencia y el arte, la grande individualidad de la humanidad universal, y la nueva vida del universal espíritu humano... Los tres mundos del alma y de la sociedad, las tres humanidades (Europeas, Orientales, Indias, Extremo Oriente) comienzan a fusionarse en una humanidad única. Hasta las dos últimas generaciones, el hombre era miembro de una sola humanidad, de una sola grande forma de vida.

Ahora, en cambio, participa en la vasta corriente vital de toda la humanidad; debe dirigirse según sus leyes y acomodarse. De lo contrario, lo mejor de él mismo irá perdido. Ciertamente, lo más íntimo del pasado, de nuestras religiones, de nuestro arte, de nuestro pensamiento, no está en juego. Eso queda y quedará. Pero será elevado a nuevas luminisencias, excavado a nuevas profundidades. Un más ancho círculo de vida abre en nuestro alrededor. No es extraño que muchos se mareen y crean ver en peligro toda la grandeza del pasado. Pero hay que confiar el timón a quienes con calma y firmeza sean aptos para preparar la nueva época. La más plena dicha que pueda caber al hombre moderno está en la inteligencia de la humanidad toda y de sus formas diferentes de felicidad. Completar el ideal europeo con el ideal asiático, será durante largo tiempo la más alta dicha que un hombre pueda conocer sobre la tierra.

(1) Ver la conversación con L. Mabileau (*Opinión*, junio 20 de 1908).

(2) En un reciente número de la *Revue des Deux Mondes*.

(3) Fundado en Viena, febrero de 1915. El éxito fué tan rápido que, en febrero de 1915, desdoblóse dando origen a un nuevo Instituto de Investigaciones que al Occidente y el Oriente.

Así, estamos viendo cimientos de paz espiritual entre pueblos que se crean en medio de la guerra de los pueblos, como esos faros que indican a los buques perdidos el puerto lejano donde echarán el ancla, uno al lado de otro. El espíritu humano halláase ante la entrada de un camino. Ella es angosta y todos se aplastan para entrar. Pero yo veo ensancharse más allá la gran ruta de los pueblos, donde hay sitio para todos. ¡Espectáculo reconfortante en el horror presente! Sufre el corazón, pero el espíritu se ilumina.

¡Valor, hermanos del mundo! A pesar de todo, hay razones para esperar. Los hombres, aunque no quieran, marchan hacia nuestra meta, — aún los que creen que están volviendo la espalda.

En 1887, cuando parecían triunfar ideas de democracia y paz internacional, platicando con Renan, oí pronunciar por aquel sabio estas palabras:

«Vosotros veréis aun llegar una gran reacción. Todo aquello que ahora defendemos, parecerá destruido. Pero no hay que preocuparse. El camino de la humanidad es un sendero de montaña. Sube en espiral y a veces parece que desciende. Pero se sube siempre».

Todo contribuye al ideal nuestro, aún los golpes de los que se esfuerzan en destruirlo. Todo va hacia la unidad, lo peor como lo mejor. Pero no quiero decir que lo peor valga lo mejor.

Entre los desgraciados que predicán («pobres ingenios!») la guerra para la paz (llamados «bel-pacifistas») y los pacifistas, sin más, aquellos del Evangelio; media la misma diferencia que entre locos que para bajar más pronto del granero a la calle, arrojan por la ventana muebles e hijos, y aquellos que bajan por la escalera. El progreso se realiza, pero la naturaleza no tiene prisa; la más pequeña conquista se obtiene con espasmo desparramo de vidas y riquezas (4). Cuando la Europa llegue rezagada y a regañadientes, como rocín recalcitrante, a convencerse de la necesidad de unir sus fuerzas, será entonces — ¡ay! — la unión del ciego y del paralizado. Ella llegará a la meta desangrada y rendida.

Pero nosotros, ¡hace tanto tiempo que os esperamos, hace tanto tiempo que hemos realizado la unidad, oh, almas libres de todos los tiempos, de todas las clases, de todas las razas! Desde los antiquísimos de Asia, Egipto y Oriente hasta los Sócrates y Luciano modernos, a los Moros, los Erasmos, los Voltaire, los remotos venideros, que volverán quizás, cerrando el broche del tiempo, al pensamiento asiático — espíritus grandes o humildes, pero todos libres y hermanos, nosotros formamos un solo pueblo. Siglos de persecución, de uno a otro extremo de la tierra han juntado nuestras manos y nuestros corazones. Esa cadena inquebrantable es el armazón que soporta al blanco barro humano, esa estatua de arcilla, la Civilización, siempre en peligro de derrumbarse.

ROMAIN ROLLAND.

(4) «La Naturaleza — dice Voltaire — es como aquellos grandes príncipes que consideran como la pérdida de cuatrocientos mil hombres, con tal de realizar sus augustos proyectos. (El hombre de los cuarenta mil escudos). ¡Los príncipes grandes y pequeños de hoy no se contentan con tan poco!»

Democracia burguesa y democracia proletaria

(Bajo este título hemos publicado la primera parte del informe de Lenin al primer congreso de la Internacional Comunista (Moscú, Marzo de 1919), tomado de la revista «España»; la parte siguiente del informe, aún mucho más importante que la ya publicado, es la que traducimos a continuación, tomándola de la publicación italiana «L'Ordine Nuovo»).

8. — La «libertad de prensa»: he aquí otro principio esencial de la «democracia pura». Pero los obreros y los socialistas de todo el mundo saben, y mil veces han recordado que esta libertad es un engaño. Hasta tanto que los mejores tipógrafos y los más grandes depósitos de papel sean acaparados por los más grandes propietarios, el capital mantiene su dominio sobre la prensa; poder que aparece tanto más netamente, más brutalmente, más cínicamente, cuanto más la democracia y el régimen republicano están desarrollados como, por ejemplo, en América.

Para obtener la igualdad efectiva y la verdadera democracia de los trabajadores (de los obreros y de los campesinos), es necesario ante todo privar a los capitalistas de la posibilidad de tener a su servicio a los escritores, de comprar las casa seditoras y de corromper a los diarios. Para tal propósito, es necesario suprimir el yugo del capitalismo, despojar a los opresores y despedazar su resistencia. Los capitalistas siempre han llamado «libertad» a la libertad de los ricos de realizar sus ganancias y la libertad para los trabajadores de morir de hambre.

La libertad de prensa para los socialistas es la libertad para los ricos, de controlar la prensa, de fabricar y falsificar la llamada opinión pública. Los defensores de la «democracia pura» se revelan nuevamente como los defensores de uno de los sistemas más bajos y más abyectos de dominio de los ricos, sobre los órganos de educación de las masas; aparecen como impostores que, con bellas, elegantes y engañosas frases sustraen al pueblo de llevar su misión teórica: la emancipación de la prensa del servilismo al capital.

La libertad y la verdadera igualdad no serán aseguradas más que por el régimen comunista, que no permitirá a ninguno enriquecerse a costa de los otros, e impedirá materialmente a la prensa que se someta directa o indirectamente, al poder del dinero y en el cual los trabajadores o grupos iguales de trabajadores realizarán sus derechos iguales al uso de las tipografías y depósitos de papel, que pertenecen a la colectividad.

9. — La historia del siglo XIX y XX nos ha mostrado antes de la guerra, lo que representa de hecho la «democracia pura» bajo el régimen capitalista. Los marxistas siempre han sostenido que cuanto la democracia es más avanzada y «pura», la lucha de clases se torna más aguda e implacable, y más «puramente» se manifiesta la opresión del capital y de la dictadura burguesa. El *affaire Dreyfus* en la Francia republicana, las represiones contra los buélgistas por medio de mercenarios armados por los capitalistas en la libre y democrática república de los Estados Unidos, estos hechos y millares de otros revelan esta verdad, que en vano la burguesía se esfuerza en disimular; y esto que hasta en las más democráticas repúblicas reina de hecho el terror y la dictadura de la burguesía, que resultan evidente toda vez que los opresores se imaginan que el poder del capital comienza a debilitarse.

10. — La guerra imperialista del 1914-18 ha revelado definitivamente, también a los obreros menos conscientes, este verdadero carácter de la democracia burguesa, aún en las repúblicas más libres, no es otra cosa que la dictadura burguesa. Para enriquecer a grupos de millonarios alemanes e ingleses, decenas de millones de hombres fueron asesinados y en la más libre república se instituyó la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura continúa aún todavía en los países de la Europa, no obstante la

derrota de Alemania. Precisamente la guerra, más que otra cosa, ha abierto los ojos a los trabajadores y despojando a la democracia burguesa de sus oropeles, ha mostrado al pueblo el abismo inmenso de la especulación y del mercantilismo. En nombre de la libertad y de la igualdad la burguesía ha conducido esta guerra, y en nombre de la libertad y de la igualdad los proveedores militares han realizado riquezas inasfadas. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna llegará a ocultar a las masas el carácter de rapina, hoy definitivamente desenmascarado de la libertad burguesa, de la igualdad burguesa y de la democracia burguesa.

11. — En el país capitalista más desarrollado de Europa, en Alemania, los primeros meses de la plena libertad republicana obtenida con el aplastamiento de la Alemania imperialista, ha mostrado a los obreros alemanes y al mundo entero el verdadero carácter de clase de la República democrática burguesa. El asesinato de Carlos Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, es un acontecimiento de importancia histórica mundial, no solamente porque son los mejores jefes de la verdadera Internacional, de la Internacional proletaria y comunista, que han tenido un fin tan trágico, sino porque el Estado más desarrollado de Europa (se podría decir sin exageración el más desarrollado del mundo) ha manifestado enteramente su esencia de clase. Si individuos arrestados, o sea tomados por la autoridad del Estado bajo su protección, han podido ser masacrados impunemente por oficiales y por carnicistas, bajo un gobierno de socialistas patriotas, se deduce que la República democrática es la que ha sido posible semejante cosa, es una expresión de la dictadura burguesa.

Los que expresan su indignación ante el asesinato de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, pero que no comprenden esta verdad, son ciegos o hipócritas. La «libertad» en una de las más libres repúblicas del mundo, en la República alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los jefes del proletariado, después de su arresto. Y no puede ser diferente, hasta tanto dure el capitalismo, puesto que el desarrollo de la democracia no atenta, sino que enardece la lucha de clases que, después de los resultados y de las consecuencias de la guerra, ha llegado a su paroxismo.

En todo el mundo civilizado, los bolsheviks son perseguidos; expulsados y encarcelados como acontece en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres, mientras que en América se llega a organizar *progroms* contra ellos.

Desde el punto de vista de la «democracia en general» y de la democracia pura, es realmente cómico que los países civilizados democráticos y armados hasta los dientes, teman tanto la presencia de algunas docenas de hombres venidos de la Rusia atrasada, hambrienta y arruinada, tratados por los diarios burgueses, con millones de ejemplares de tiraje de «salvajes, criminales», etc., etc. Es claro que las condiciones sociales que han podido dar vida a una anomalía tan estridente, realizan verdaderamente la dictadura de la burguesía.

12. — En semejante estado de cosas, la dictadura del proletariado aparece no solamente plenamente legítima, como medio de aplastar a los opresores y de suprimir su resistencia, sino como una necesidad absoluta para las masas trabajadoras, como único medio de defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha conducido la guerra y que prepara nuevas guerras. Lo esencial, lo que no comprenden ciertos socialistas y que constituye su miopía teórica, su sumisión a los prejuicios burgueses y su traición política en daño del proletariado, es el hecho que en la sociedad capitalista, cuando se acentúa la lucha de clases, base de la sociedad actual, no existen caminos intermedios o dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado. Todo sueño de una tercera solución intermedia es una lamentación reaccionaria de pequeño burgués. Una prueba es la experiencia del largo desarrollo de la democracia burguesa y del movimiento obrero de todos los países civilizados y

sobre todo, la experiencia de los cinco últimos años. Es también la verdad que nos enseñan tanto la ciencia de la economía política cuanto la doctrina marxista, verdad que explica por cuáles necesidades económicas nace la dictadura de la burguesía en la gestión de los negocios, dictadura que sólo puede ser suprimida por la clase proletaria, desarrollada, engrandecida y reforzada por el desarrollo mismo del capitalismo.

13. — El otro error teórico y político consiste en no comprender como las formas de la democracia han cambiado fatalmente en el curso de los siglos, a medida que una clase dominante era sustituida por otra. En las viejas repúblicas de Grecia, en las ciudades de la Edad Media, en los países capitalistas avanzados, la democracia asume formas diferentes y diferentes grados de extensión. Sería uno de los más grandes absurdos pensar que la revolución más profunda que cuenta la historia de la humanidad, que el primer ejemplo de transferencia del poder de una minoría de opresores a la mayoría de los oprimidos pueda realizarse dentro de los viejos cuadros de la vieja democracia burguesa y parlamentaria, sin rupturas violentas, sin que se formen nuevas formas de democracia, con nuevas instituciones que encarnen estas nuevas condiciones de vida.

14. — La dictadura del proletariado en un solo punto se asemeja a la dictadura de las otras clases: en que ésta, como toda dictadura, está determinada por la necesidad de reprimir con la violencia la hostilidad de la clase adversaria, que resiste ante la pérdida de su dominio político. Lo que sustancialmente distingue a la dictadura del proletariado de la de las otras clases, de la dictadura de los feudales en la Edad Media, de la dictadura de la burguesía en los tiempos presentes, consiste en que la dictadura feudal o la dictadura burguesa, se reducen a aplastar violentamente la resistencia opuesta de la gran mayoría de la población trabajadora; mientras la dictadura proletaria es el aplastamiento violento de la resistencia de los explotadores, o sea de una infima minoría: los propietarios territoriales y los capitalistas.

La dictadura lleva en sí inevitablemente no solamente una modificación de las formas y de las instituciones democráticas, sino también una modificación tal, en un grado hasta aquí nunca alcanzado por el principio democrático, en favor de las clases oprimidas por el capitalismo, de las clases trabajadoras.

En efecto, la forma de la dictadura del proletariado hasta aquí practicada, o sea el poder de los soviets en Rusia, el sistema de los consejos en Alemania, los «Shop Stewards Comitees» (1) y otras instituciones soviéticas similares de los otros países, suministra precisamente para las clases trabajadoras, o sea para la gran mayoría de la población, un medio práctico de gozar de los derechos y de las libertades democráticas, con una extensión que jamás se ha gozado, ni aun en las mejores y más democráticas repúblicas burguesas.

El carácter del poder de los soviets es precisamente esto: que la base constante y única de todo el engranaje gubernativo, es la organización de las masas todavía hasta ayer oprimidas por el capitalismo, vale decir, de los obreros y de los semi-proletarios (campesinos que no explotan el trabajo ajeno y que necesitan vender, por lo menos, una parte de su fuerza de trabajo). Estas mismas masas, en las repúblicas burguesas, aun en las más democráticas, que gozan de la igualdad fijada por la ley, en realidad estaban alejadas por toda suerte de maniobras de la participación en la vida política, de todo uso de los derechos y de la libertad democrática, y hoy en cambio, son llamadas a participar notoria y obligatoriamente a asumir una parte decisiva en la gestión democrática del Estado.

15. — La igualdad de todos los ciudadanos, independientemente del sexo, de la religión, de la raza, de la nacionalidad, que la democracia burguesa siempre ha prometido y que el dominio del capitalismo nunca pudo realizar, esta igualdad es hoy completamente llevada a cabo con el poder de los soviets o dictadura del proletariado, puesto que este en grado de realizar solamente el poder de los obreros, quienes disponen de la facultad de proceder a la producción y a la distribución de las riquezas.

(1) Los Comités de comisarios de reparto en las oficinas inglesas.

16. — La democracia burguesa y el parlamentarismo estaban organizados de tal modo, que las masas eran mantenidas siempre alejadas del mecanismo estatal. El poder de los soviets, o sea la dictadura del proletariado es, por su misma esencia, el medio más apto para acercar a las masas trabajadoras a semejante mecanismo. Al mismo fin tiende la reunión de los poderes legislativos y ejecutivos en la organización soviética del Estado, como también la sustitución de la unidad de trabajo (fábricas, oficinas, etc.), a la unidad electoral del territorio.

17. — No solamente bajo la monarquía, el ejército era un instrumento de opresión; éste ha permanecido en semejante estado en todas las repúblicas burguesas, incluyendo las más democráticas. Solamente el poder de los soviets, organización de gobierno permanente de las clases oprimidas por el capitalismo, es capaz de suprimir la subordinación del ejército al comando burgués y de fundir verdaderamente el proletariado con el ejército, realizando el armamento del proletariado y el desarme de la burguesía, sin lo cual es imposible el triunfo del Socialismo.

18. — La organización soviética del Estado está basada sobre la función directriz del proletariado como clase unificada.

La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista en el mundo entero, nos enseña que solamente el proletariado se halla en la posibilidad de unificar y de conducir las masas retardatarias de la población trabajadora y explotada.

19. — Solamente la organización soviética del Estado puede efectivamente despedazar de un golpe y destruir el viejo engranaje burgués, administrativo y judicial, que se ha conservado y que se debía conservar por fuerza bajo el capitalismo, incluyendo las repúblicas más democráticas, pues esto era el más grande obstáculo a la realización de los principios democráticos en favor de los obreros. La Comuna de París dió en este camino el primer paso de importancia histórica universal; el poder de los soviets ha dado el segundo.

20. — La destrucción del poder gubernativo: he ahí el fin propuesto por todos los socialistas, desde Marx. Si no se realiza es imposible realizar la verdadera democracia, o sea la igualdad y la libertad. Actualmente, el único medio práctico para llegar a él es la democracia soviética o proletaria, pues, que llamando a las organizaciones de las masas trabajadoras o participar realmente del gobierno, aquellas masas comienzan a preparar el fin completo de todo gobierno.

21. — La completa bancarrota de los socialistas reunidos en Berna, su absoluta incapacidad de comprender la nueva democracia proletaria, resulta especialmente de cuanto sigue: el 10 de Febrero de 1919, Branting clausuraba en Berna la conferencia internacional de la Internacional amarilla. El 11 de Febrero de 1919, en Berlín el diario de sus correligionarios «Die Freiheit», publica un manifiesto del partido de los Independientes al proletariado. En este manifiesto se reconoce el carácter burgués del gobierno de Scheidemann, a quien se le reprocha el propósito de abolir los consejos de los obreros y soldados, llamados los *pionets* y los defensores de la revolución; piden la legalización de tales consejos, que se le otorgue los derechos políticos, el derecho de veto de las decisiones de la Asamblea constituyente sometiendo el asunto al Referéndum en su última instancia.

Este manifiesto demuestra la quiebra completa de aquellos teóricos, que defendían la democracia sin comprender su carácter burgués. Esta ridícula tentativa de conciliar el sistema de los soviets, o sea la dictadura del proletariado con la Asamblea constituyente, o sea la dictadura de la burguesía, revela completamente y al mismo tiempo la miseria de pensamiento de los socialistas amarillos, su carácter reaccionario de pequeño burgués, y sus viles concesiones ante la fuerza irresistible y creciente de la nueva democracia proletaria.

22. — Cuando ha condenado al bolshevismo, la mayoría de la Internacional de Berna, que por temor a las masas obreras no han osado votar una orden del día, un pensamiento claramente consecuente, ha obrado, desde su punto de vista, injustamente. Esa mayoría es completamente solidaria con los mensheviks y con los social-revolucionarios rusos, como con los Scheidemann alemanes.

Los mensheviks y los social-revolucionarios rusos, lamentan ser perseguidos por los bolsheviks, procurando ocultar que estas persecuciones son dictadas a la participación de ellos en la guerra civil, al flanco de la burguesía, contra el proletariado. Los Scheidemann y su partido han mostrado del mismo modo en Alemania que ellos tomaban parte igualmente en la guerra civil, al flanco de la burguesía, contra los obreros.

En consecuencia, es natural que la mayoría de los que han intervenido en la Internacional amarilla de Berna se haya pronunciado contra los bolsheviks; con esto ha ma-

nifestado, no ya el deseo de defender la democracia pura, sino la necesidad de defenderse a sí misma; sienten y saben que en la guerra civil están de parte de la burguesía contra el proletariado.

He aquí por qué se sigue el rígido criterio de la lucha de clases, la decisión de la mayoría de Berna es justa desde el punto de vista burgués. El proletariado no debe temer la verdad; debe mirarla de frente y deducir las necesarias conclusiones políticas.

N. LENIN.

LEON TROTSKI

De la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk

LA CONFERENCIA DEMOCRÁTICA

La Conferencia Democrática, convocada en la mitad de septiembre por Tzeretelli y compañeros, tenía una composición absolutamente artificiosa; era una combinación de soviets y de órganos autónomos, en proporción tal que la preponderancia estaba garantizada a favor de los partidos mediadores coalicionistas. Pero siendo también el producto de la incapacidad y del aturdimiento, esta conferencia tuvo un fin miserable.

La burguesía le fue sumamente hostil, pues veía en ella la tentativa de arrojaria a las posiciones a que se había acercado en la conferencia de Moscú. El proletariado revolucionario, y las masas de los soldados y campesinos aliados, comenzaron desde el principio el método falsificador con que había sido convocada la Conferencia Democrática. Propósito directo de los mediadores era el de formar un «Ministerio responsable». Pero ni esto fue logrado. Kerenski no quería sentir hablar de responsabilidad y no la toleraba, ya que no era tolerada por la burguesía, su columna vertebral. Pero irresponsabilidad respecto a los órganos de la llamada democracia significaba responsabilidad real ante los cadetes y los embajadores de la Entente. Esto bastaba a la burguesía. En la cuestión de la coalición apareció clara la instabilidad de la Conferencia Democrática, por una coalición con la burguesía fueron dados pocos votos más, contra la coalición; la mayoría votó contra una coalición con los cadetes. Después del exodo de los cadetes, no quedaban en la burguesía serios contragentes para una coalición. Tzeretelli dió una explicación circunstancial a la Conferencia. Tanto más peor para la Conferencia, si no lo comprendió. Detrás, a espaldas de la Conferencia vinieron, sin ningún escrúpulo, iniciadores de negociaciones con los cadetes, rechazados de la Conferencia; y se decidió que los cadetes no figurasen como cadetes, sino como...

«social-trabajadores». Rechazada por la derecha y por la izquierda, la pequeña-burguesía debía soportar todo el peso de su completo, enervante aturdimiento político. Del seno de la Conferencia Democrática se desligó el Soviet, que debía ser sustituido por representantes de los elementos cesarios; este Parlamento Preliminar debía colmar el vacío, que habría continuado hasta la convocación de la Constituyente. Contrariamente al primitivo proyecto de Tzeretelli, pero plenamente de acuerdo con los proyectos de la burguesía, el nuevo ministerio de coalición mantuvo, respecto al Parlamento Preliminar, su independencia formal. Todo daba la impresión de un triste y flaco producto de cancellería, que ocultaba la completa capitulación de la democracia pequeño-burguesa ante el liberalismo, que, un mes antes, había públicamente sostenido el asalto de Korniloff contra la revolución. De este modo todo se reducía

a una restauración y a un consolidamiento de la coalición con la burguesía liberal. No podía existir ninguna duda que, prescindiendo completamente de la composición de la Constituyente, los poderes gubernativos se vendrían a encontrar realmente en manos de la burguesía, puesto que a pesar de la preponderancia que les daba las masas populares, los partidos mediadores volvían siempre más a la coalición con los cadetes; ellos creían imposible formar un gobierno sin la burguesía. Las masas populares eran absolutamente hostiles al partido de Milukoff. En todas las elecciones realizadas durante el periodo de la revolución, los cadetes fueron despiadadamente derrotados; con todo, los partidos social-revolucionarios y mensheviks que en las elecciones habían obtenido una victoria sobre los cadetes, fraternizaron después de las elecciones, dejando a los cadetes un lugar de honor en el gobierno de coalición. Es fácil comprender como las masas populares reconocieron que los partidos mediadores desempeñaban ante la burguesía liberal únicamente el papel de agente.

DIFICULTAD EN EL FRENTE Y EN LA RETAGUARDIA

Mientras tanto la situación interna se tornaba siempre más complicada y peor. La guerra se prolongaba; sin meta, sin sentido y sin perspectiva. El gobierno no daba un paso para desvincularse del maldito círculo. Entonces se ideó el ridículo proyecto de enviar a París al menshevik Skobelev, para influir sobre los imperialistas de la Entente. Ninguna persona de buen sentido, daba serie importancia a semejante proyecto. Korniloff había cedido Riga a los alemanes, para aterrizar a la conciencia pública y en semejante atmósfera consolidar en el ejército la disciplina del azote. Petrogrado estaba amenazado. Los elementos burgueses miraban semejante peligro con regocijo evidente. El ex presidente de la Duma Rodsjankó, declaraba abiertamente que la toma de la corrompida Petrogrado por obra de los alemanes no sería una gran desventura. Señalaba el ejemplo de Riga, donde, después de la entrada de los alemanes, había sido sacado del medio la institución de los Soviets y, con los antiguos polizontes, se restableció el orden.

La flota del Mar Báltico está perdida, pero esta flota estaba disgregada por la propaganda revolucionaria, en consecuencia la pérdida de la flota no era tan peligrosa. Este mismo de gran señor era expresión de los más recónditos pensamientos de los más amplios círculos burgueses. La ocupación de Petrogrado no significaba su pérdida. Después del tratado de paz se obtendría Petrogrado, pero purificada por obra del militarismo alemán. Mientras tanto, la revolución ha-

bría perdido su jefe, y sería más fácil concluir con ella. El gobierno de Kerenski no pensaba siquiera en defender seriamente la capital. Al contrario, se preparaba a la opinión pública a una eventual capitulación. Las oficinas gubernativas, en efecto, habían sido evacuadas y transportadas de Petrogrado a Moscú y otras ciudades.

En este estado de cosas se reunió la sección soldados del soviet de Petrogrado. Viva era la tensión y la inquietud de los ánimos. ¿Es el gobierno incapaz de defender Petrogrado? ¿Y bien que se haga la paz! ¿No está en situación de concluir la paz? Entonces que se vaya al diablo! Con estas preguntas manifestaban su humor los soldados. Era la aurora de la revolución de octubre.

En el frente la situación se hacía cada día más peor. Se acercaba el frío de otoño con la lluvia y el fango. Estaba a las puertas un cuarto invierno de guerra. El mantenimiento de las tropas era siempre más deficiente. En las retaguardias se había olvidado el frente: para los regimientos no había soldados para relevarse ni para llenar los vacíos y ni trajes para vestirlos. Las deserciones crecían cada vez más. Los antiguos Comités del Ejército, elegidos en el primer período de la revolución, permanecían en sus puestos y apoyaban la política de Kerenski. Las nuevas elecciones estaban prohibidas. Entre los comités y las masas de los soldados se iba cavando un abismo. En conclusión, los soldados no sentían más que odio hacia los Comités. Siempre era más frecuente la llegada de delegados de las trincheras a Petrogrado, los cuales pertinazmente hacían siempre las mismas preguntas en las sesiones del Soviet de Petrogrado: — ¿qué se debe hacer? ¿Cómo y por obra de quién debe ponerse fin a la guerra? ¿Por qué el Soviet de Petrogrado se cierra en el silencio?

LA INEVITABLE LUCHA POR EL PODER GUBERNATIVO

El Soviet de Petrogrado no callaba. Pedía el inmediato pasaje del poder central y local a manos de los Soviets y la inmediata cesión de la propiedad feudal a los campesinos; además pedía el control de la producción por los obreros y la inmediata negociación de la paz. Mientras nosotros fuimos un partido de oposición, nuestra palabra de orden fue: «¡Todo el poder a los Soviets!». Era una palabra de orden y de propaganda. Apenas conquistamos la mayoría en los principales Soviets, aquella nuestra palabra de orden nos imponía el deber de descender inmediata y directamente al combate por la conquista del poder.

La situación en la campaña era extremadamente intrincada y complicada. La revolución había prometido la tierra a los campesinos; al mismo tiempo los partidos dirigentes exigían que, hasta la reunión de la Constituyente, los campesinos no tocaran esa tierra. Cuando comenzó a perder la paciencia, el Ministerio de Coalición tomó contra el medidas de violencia. Mientras tanto la Asamblea Constituyente se prorrogaba siempre. La burguesía insistía para que la Constituyente fuera convocada solamente después de la conclusión de la paz. Las masas de los campesinos perdían, cada vez más, la paciencia. Ahora comenzaba a producirse lo que nosotros habíamos previsto desde la iniciación de la revolución: los campesinos se posesionaron arbitrariamente de la tierra. El gobierno aplicaba más que nunca medidas represivas. Los miembros de los Comités rurales eran arrestados uno después de otro. En algunos distritos Kerenski había proclamado el estado de guerra. De las aldeas afluían al Soviet de Petrogrado diputaciones, las que se lamentaban que se arrestaran a los campesinos, conforme al programa del Soviet de Petrogrado, consignando a los Comités de los campesinos las tierras de los propietarios. Nosotros le respondimos que podríamos protegerlos, solamente cuando tuviésemos en nuestras manos el poder gubernativo. Resultaba como consecuencia que si los Soviets no querían transformarse en academias oratorias, debían posesionarse del poder.

«Un mes y medio o dos meses antes de la reunión

de la Constituyente continuaba una falta de sentido combatir por la conquista del poder de los Soviets». Pero nosotros decían nuestros vecinos de la derecha. Pero nosotros no estábamos presos del contagio de este fetichismo por la Constituyente. Luego, no teníamos ninguna garantía de que realmente sería convocada. La descomposición del ejército, las deserciones en masas, la calamidad del mantenimiento de aquél, las revueltas agrarias, todo esto había creado una situación poco favorable a las elecciones de la Constituyente. Una eventual consigna de Petrogrado a los alemanes amenazaba directamente de sacar de la orden del día la cuestión de las elecciones. Y luego... si también la Asamblea Constituyente se hubiera reunido bajo la dirección de los antiguos partidos y según las antiguas listas, hubiera sido una hoja de higuera y un medio de consagración del poder de la coalición. Ni los social-revolucionarios ni los mencheviques estaban en posibilidad de asumir el poder sin la burguesía. Sólo la clase revolucionaria podía destruir el círculo maligno, en que se movía y se perdía la revolución. Era necesario arrancar el poder de mano de aquellos elementos, que directa o indirectamente servían a la burguesía y utilizaban la máquina estatal como instrumento de obstruccionismo contra los postulados revolucionarios del pueblo.

LA LUCHA POR EL CONGRESO DE LOS SOVIETS

«El poder gubernativo a los Soviets», pedía nuestro partido. Traducido en el lenguaje del partido, significaba, en el período precedente, poder social — revolucionario — de los mencheviques, en contraposición a la coalición con la burguesía liberal. Ahora, en Octubre de 1917, esta misma palabra significaba confiar todo el poder al proletariado revolucionario, a cuya cabeza estaba en aquella época el partido de los bolsheviks. Se trataba, entonces, de la dictadura de la clase obrera, que conducía, o hablando más exactamente, se encontraba en la posibilidad de conducir tras de sí a las masas de los campesinos pobres, que se contaban por millones y millones. En esto residía el sentido histórico de la revolución de octubre.

El partido caminaba por este camino. Desde los primeros días de la revolución nosotros predicamos la necesidad y la inevitabilidad del pasaje del poder gubernativo a los Soviets. Después de una grave lucha interna, la mayor parte de los Soviets había hecho suyo aquel postulado y se había alistado con nosotros. Nosotros preparamos el segundo Congreso Panruso de los Soviets, en el cual esperábamos asistir a la completa victoria de nuestro partido. El Comité Central Ejecutivo, bajo la dirección de Dan (el cauto Tsheludski) se había partido hacia tiempo para el Cáucaso), trabajaba por todos los medios contra la convocatoria del Congreso de los Soviets. Inicialmente, después de muchos esfuerzos apoyados en el grupo de los Soviets de la Conferencia Democrática, obtuvimos que se fijase el término para la convocatoria de la Constituyente: el 25 de Octubre. Esta fecha tuvo, para la historia de Rusia, la máxima importancia. En tanto nosotros habíamos convocado preventivamente en Petrogrado el Congreso de los Soviets de la Rusia Septentrional, comprendida la flota del Mar Báltico y la ciudad de Moscú. En aquel Congreso nosotros poseíamos una mayoría estable; nos aseguramos una cierta mayoría en la derecha con el grupo de los social-revolucionarios de la izquierda, y así hemos colocado organizadamente la primera piedra fundamental de la revolución de octubre.

EL CONFLICTO DEBIDO A LA GUARNICION DE PETROGRADO

Mucho tiempo antes, sucedió en el congreso de los Soviets septentrionales un acontecimiento, destinado a tener luego una parte importante en la lucha política, ulterior. En los primeros días de Octubre intervino en la sesión del Comité Ejecutivo de Petrogrado el representante de los Soviets ante el Estado Mayor del Distrito militar de Petrogrado, quien trajo la noticia que el Estado Mayor pedía la expedición de dos tercios de la guarnición de Petrogrado al frente. «Con qué propósito? la defensa de Pe-

trogrado. La expedición no debía ser hecha en el momento, pero inmediatamente se debían comenzar los preparativos. El Estado Mayor pedía al Soviet de Petrogrado la aprobación de aquel proyecto.

Nosotros prestamos oído. A fines de Agosto, habían sido alejados de Petrogrado, entera o parcialmente, cinco regimientos revolucionarios. Esto había acaecido, entonces, a instancia del comandante del Estado Mayor, general Korniloff, que precisamente en esos días armaba a la división caucásica contra Petrogrado, para concluir de una vez para siempre con la capital revolucionaria. Nosotros teníamos cierta práctica en estos traslados políticos de regimientos con el pretexto de operaciones militares. Diré que después de la revolución de octubre salieron los documentos que demostraban claramente que el proyectado alejamiento de la guarnición de Petrogrado nada tenía que ver con propósitos militares, pero había sido impuesto al comandante supremo Duchonin por el mismo Kerenski, quien quería librar a la capital de los soldados más revolucionarios, esto es, los que le eran más hostiles. Poco entonces, en los primeros días de Octubre, nuestra sospecha desencadenó, ante todo, una tormenta de indignación patriótica. El Estado Mayor apremiaba; Kerenski no quería esperar; ardía el suelo bajo sus pies. Nosotros no hacíamos esperar nuestra respuesta. Un grave peligro amenazaba realmente a la capital y la cuestión de la defensa de Petrogrado se planteaba para nosotros en todo su enorme importancia, después de la experiencia del *affaire Korniloff*, después de las palabras de Rosianko, que esperaba la salvación en una ocupación germánica, después de toda la confianza que se manifestaba en que Petrogrado no sería entregada bellamente a los alemanes para castigarla por su espíritu revolucionario.

El Comité Ejecutivo se negó a aceptar ciegamente la orden de alejar tres tercios de la guarnición. Nosotros declaramos que ante todo era preciso examinar si aquella orden era realmente sugerida por consideraciones de índole militar; pero para semejante examen era necesario crear un órgano a tal objeto. Así nació el pensamiento de instituir, junto a la sección soldados del Soviet, vale decir la representación política de la guarnición, un órgano puramente operativo en forma de Comité Revolucionario Militar, el que tuvo luego un poder tan enorme y efectivamente fué el instrumento de la revolución de Octubre. Está fuera de duda que cuando expusimos el proyecto de crear tal órgano, destinado a concentrar los hilos de la dirección militar de la guarnición de Petrogrado, sabíamos bien que precisamente este órgano podía convertirse en un instrumento revolucionario de valor incalculable. Era la época, en que íbamos abiertamente al encuentro de la revolución y la preparábamos.

El 25 de Octubre debía tener lugar, como habíamos dicho, el Congreso Pan-ruso de los Soviets. No podía haber

duda alguna que el Congreso sería favorable al pasaje del poder gubernativo a los Soviets. Una deliberación de esta naturaleza, debía ser inmediatamente traducida en acto, pues de otra manera no significaba más que una indecorosa demostración platónica. La lógica de las cosas exigía que fijásemos para el 25 de Octubre el día de la insurrección. Precisamente así lo entendía toda la prensa burguesa. El destino del Congreso dependía, en primera línea, de la guarnición de Petrogrado. ¿Quería la guarnición dar a Kerenski la ayuda de pocos centenares o millares de Soviets y con la posibilidad de cercar el Congreso de los cadetes oficiales y suboficiales y cabos desconcertar las filas? ¿La tentativa de alejar la guarnición no significaba que el gobierno se preparaba a disolver el Congreso? Había sido también singular si el gobierno no lo hubiera hecho mientras veía que nosotros, abiertamente, a la vista de todo el país, movilizábamos las fuerzas de los Soviets para asestar el golpe de gracia al gobierno de coalición. Así se desarrollaba en Petrogrado el conflicto por la cuestión de la suerte de la guarnición. Ante todo, esta cuestión preocupaba vivamente a todos los soldados. También los obreros tenían por este conflicto el más alto interés, porque temían que, después del alejamiento de la guarnición, serían estrangulados por los cadetes oficiales y por los cosacos. De este modo el conflicto iba asumiendo un carácter extraordinariamente áspero y se desarrollaba sobre un terreno que era sumamente desfavorable para el gobierno de Kerenski.

Paralelamente a esta lucha se desarrollaba otra, ya caracterizada más arriba, por la convocatoria del Congreso Pan-ruso de los Soviets; y nosotros, en nombre del Soviet de Petrogrado y del Congreso Provincial Septentrional, proclamamos abiertamente que el segundo congreso de los Soviets debía derribar el gobierno de Kerenski y convertirse en el único patrón de Rusia. La revolución estaba efectivamente en camino. Se realizaba a la plena luz meridiana, ante los ojos de todo el país.

Durante el mes de Octubre la cuestión de la revolución tuvo un gran parte en la vida interna de nuestro partido. Lenin, que se ocultaba en Finlandia, escribía cartas sobre cartas pidiendo insistentemente una fática más resuelta. Mientras tanto, entre el pueblo había una viva fermentación y también crecía el descontento, porque el partido de los bolsheviks, que tenía la mayoría en el Congreso de Petrogrado, no sacaba consecuencias prácticas de sus palabras de orden. El 10 de Octubre tuvo lugar una sesión secreta del Comité Central de nuestro partido con la presencia de Lenin. Estaba a la orden del día la cuestión de la sublevación. Con una mayoría de todos los votos contra dos se votó la resolución que el único medio para salvar la revolución y el país de una ruina completa, era la insurrección, que hiciese pasar a manos de los Soviets todo el poder gubernativo.

La Internacional Su reconstrucción

El día 4 de Agosto de 1914 la Democracia Social alemana presentó su renuncia política, y en la misma fecha la Internacional Socialista se hizo pedazcos. Todo esfuerzo que se haga para negar u ocultar este hecho, no servirá más que para perpetuar las condiciones que lo motivaron.

Este quebrantamiento no tiene paralelo en la historia. Socialismo o imperialismo (esa es la alternativa que resume la voz política de los partidos obreros del mundo durante la última década. En Alemania, especialmente, ha formado la base de incontables programas, discusiones y publicaciones. Uno de los propósitos principales de la Democracia Social ha sido la correcta formulación del pensamiento y el sentimiento respecto a esta alternativa.

Al estallar la guerra, la palabra se convirtió en carne; era, en una situación política, la tendencia histórica que, ternativa, como hecho, la Democracia Social, que había sido la primera en reconocerlo y presentarlo a la atención y a la conciencia de la clase trabajadora, recogió

velas y, sin lucha ninguna, concedió la victoria al imperialismo.

Nunca hasta entonces, desde que surgieron las luchas de clase, desde que hubo partidos políticos, ha existido un partido que, después de cincuenta años de desarrollo no interrumpido, después de haber alcanzado una posición preeminente en el poder, por su propia voluntad y en el breve espacio de veinticuatro horas, se haya borrado a sí mismo del mapa.

Los que preconizan este acto, Kautsky entre ellos, mantienen que todo el deber del socialismo en tiempo de guerra, consiste en permanecer callado. El socialismo, dicen, es un poder que está en favor de la paz, no contra la guerra. Desde el momento en que los socialistas cesaron de oponerse a la guerra, llegaron a ser, por la severa lógica de los acontecimientos, sus partidarios. Los obreros agremiados que han desistido de sus luchas para mejorar sus condiciones, las mujeres que se han retirado de la agitación socialista a fin de contribuir a que, no sean tan

terribles los horrores de la guerra; y los jefes del partido socialista, que pasan el tiempo buscando en la prensa y en la tribuna apoyo para el gobierno y suprimiendo todo esfuerzo que tienda a la censura, todos éstos no se limitan a guardar silencio. Están apoyando la guerra tan cordialmente como cualquier conservador o centrista. ¿Cuándo y en dónde hubo jamás guerra alguna que pudiera presentar semejante espectáculo?

¿Cuándo y en dónde se aceptó con espíritu tan sumiso el descaño de los derechos constitucionales? ¿Dónde hubo jamás semejante glorificación para un partido opositorista de la más estricta censura de la prensa?

La poderosa organización de la democracia social, su tan discutida disciplina, daban la mejor prueba de sí mismas en el hecho de que cuatro millones de seres humanos se dejaron encadenar al carro de Marte a instancia de un puñado de parlamentarios. El medio siglo de preparación por parte del partido Socialista llega a su fricción en estos momentos de guerra. Toda nuestra educación de las masas las hace ahora obedientes y serviles criados del Estado imperialista.

Marx, Engels, Lassalle, Liebknecht, Bebel y Singer educaron al proletariado alemán para que se sometiera a la jefatura militar de Hindenburg.

Nuestros teóricos oficiales no deben presentar su explicación de este fenómeno. Están dispuestos a explicar el ligero descaño entre sus actos de hoy y sus palabras de ayer.

Su explicación es que aunque la democracia social se ha preocupado mucho de la cuestión de lo que debe hacerse para impedir la guerra, jamás le ha preocupado el problema de lo que debe hacerse después de iniciadas las hostilidades. Dispuesta a obedecer las indicaciones de todo el mundo, esta teoría nos asegura que las prácticas actuales de nuestro partido se hallan en la más hermosa armonía con nuestras antiguas teorías.

Esta teoría, deliciosamente adaptable, sirve igualmente para justificar la actual posición del Socialismo internacional con referencia a su pasado. La Internacional solamente abordó la cuestión de la evitación de la guerra. Pero ahora la guerra es un hecho, y resulta que después de haber dado la guerra los socialistas han de guiarse por principios enteramente nuevos. Una vez declarada la guerra, la gran cuestión es: ¿Victoria o derrota! En otros términos, según explica un "austro-marxista", una nación, como cualquier otro organismo, tiene que conservar su existencia.

En claro lenguaje esto significa: El proletariado no tiene un sólo principio fundamental, como hasta aquí ha venido sosteniendo el Socialismo científico, sino dos: uno para la guerra. Debemos suponer que en tiempos de paz los obreros no han de perder de vista la lucha de clases dentro de la nación y la solidaridad internacional con relación a los demás países; en tiempos de guerra, por el contrario, la solidaridad de las clases llega a ser el factor dominante de los asuntos internos y la lucha contra los traumas de otros países, la consideración primordial del proletariado en lo concerniente a las relaciones exteriores. A la gran exhortación histórica del manifiesto comunista se agrega una importante enmienda, y ahora se halla concebida en estos términos, según ha sido revisada por Kautsky: «¡Trabajadores de todos los países, uníos en la paz y degollados en la guerra!» Hoy, «¡Abajo los rusos y los franceses!» Mañana, «¡Todos somos hermanos!» Por que, según dice Kautsky en *Die Neue Zeit*, la Internacional es "en esencia, un instrumento de paz", pero «no un agente efectivo en la guerra».

Esta cómoda teoría introduce una revisión enteramente nueva en la interpretación económica de la historia. La táctica proletaria antes de la guerra, y después de la guerra, tienen que basarse en principios exactamente contrarios. Esto presupone que las condiciones sociales, base de nuestra táctica, son en la guerra fundamentalmente distintas de lo que son en la paz. Según la interpretación económica de la historia establecida por Marx, toda ella no es más que la historia de las luchas de clases. Según la revisión de Kautsky, tenemos que agregar: «excepto en tiempo de guerra». Ahora bien: las guerras han venido periódicamente señalando el desarrollo de la humanidad. Por consecuencia, si nos atenemos a esta nueva teoría, el desarrollo social se ha ajustado a la siguiente fórmula: un período de luchas de clases, que se distingue por la soli-

dadidad de clases y por conflicto dentro de las naciones; y luego un período de solidaridad nacional y conflictos internacionales, y así sucesiva e indefinidamente, los cimientos de la vida social, tal como existen en tiempos de paz, son invertidos por el estallido de la guerra. Y otra vez, al firmarse un tratado de paz, son restablecidos. Esto, evidentemente, no es el progreso por medio de «catástrofes» sucesivas; es más bien el progreso por medio de una serie de salmos mortales. Debemos suponer que la sociedad se desarrolla como un tiempo de hielo que baja llevando por una corriente cálida; su parte inferior se derrite, se vuelve y continúa este proceso indefinidamente.

Ahora bien: todos los hechos conocidos de la historia humana contradicen esta teoría. Ellos demuestran que hay una necesaria y dialéctica relación entre las luchas de clase y la guerra. La lucha de clases se convierte en guerra, y la guerra en lucha de clases; y así se demuestra que son esencialmente una misma cosa. Así pasó en las ciudades medioevales, en las guerras de la Reforma, en las guerras libertadoras flamencas, en la Revolución francesa, en la Rebelión americana, en la Comuna de París y en el levantamiento ruso de 1905.

Además, desde el punto de vista teórico, la idea de Kautsky no deja piedra sobre piedra de la teoría marxista. Si, como supone Marx, ni la guerra ni la lucha de clases caen del cielo, sino que ambas siguen profundas causas económico-sociales, entonces no pueden desaparecer por separado, sino que al mismo tiempo se evaporan esas causas. Ahora bien: la lucha de clase proletaria es un aspecto necesario del sistema de jornales. Pero durante la guerra este sistema no tiende a desaparecer. Por el contrario, los aspectos del mismo que dan origen a la lucha de clases adquieren especial prominencia. La especulación, la fundación de nuevas compañías para llevar adelante las industrias guerreras, la dictadura militar, estas y otras influencias tienden a aumentar las diferencias de clases en tiempos de guerra. Y también sucede que el dominio de la clase burguesa no se suspende por el contrario, con la suspensión de los derechos constitucionales llega a convertirse en una verdadera dictadura de clase. Si, pues, las causas de la lucha de clase se multiplican y robustecen durante la guerra, ¿cómo puede suponerse que deje de existir su inevitable resultado? Invirtiendo los términos, las guerras son en la actualidad resultado de la competencia de varios grupos capitalistas y de la necesidad de la expansión capitalista. Ahora bien: estas dos fuerzas no operan únicamente cuando retumba la artillería; también se muestran activas en la paz, y es precisamente en los tiempos pacíficos cuando ejercen su influencia sobre nuestra vida, de tal manera, que hacen inevitable el estallido de la guerra. Porque la guerra es, como con tanto deleznación dice Kautsky citando a Clausewitz, «la continuación de la política con otros medios». Y la fase imperialista del dominio capitalista, mediante la competencia en la construcción de armamentos, ha hecho de la paz una alusión, pues nos ha puesto regularmente bajo la dictadura militar, y de esta manera han hecho permanente la guerra.

Nuestra revisada interpretación económica de la historia, nos lleva, por lo tanto, a un dilema. Nuestros nuevos economistas se han colocado entre la espada y la pared. O persiste la lucha de clases en la guerra como la primera condición de vida del proletariado y la declaración de la armonía entre la clase obrera, o el llevar adelante la lucha de clases en tiempos de paz es un crimen contra los «intereses de la nación» y la «seguridad de la patria». El factor fundamental, tanto en la paz como en la guerra, tiene que ser: a) la lucha, o la armonía de clases.

O la Internacional quedará reducida a un montón de ruinas después de la guerra, o se efectuará su resurrección sobre la base de la lucha de clases, de donde surgió en primer lugar. No reaparecerá como por arte de magia, a los viejos acuerdos que hipnotizaron al mundo antes del 4 de Agosto.

Sólo reconociendo definitivamente y repudiando nuestras propias debilidades y fracasos desde el 4 de Agosto; sólo abandonando la táctica introducida desde entonces, podremos empezar la reconstrucción de la Internacional. Y el primer paso en esta dirección es la agitación para que termine la guerra, y obtener la paz sobre la base de los intereses comunes del proletariado internacional.

ROSA LUXEMBURGO.

Año 1915.

El interesante manifiesto del grupo "Claridad"

Así como existe una Internacional obrera, algunos ilustres escritores, sabios y artistas, quieren que haya una Internacional del Pensamiento. Presididos por Anatole France y Henri Barbusse, estos intelectuales acaban de lanzar el manifiesto que publicamos, tomándolo de «Cosmópolis», revista que dirige Gómez Carrillo.

Al conflicto de fuerzas materiales ha seguido el conflicto de las ideas, que no es menos ardiente. Poco a poco reviste las mismas formas sangrientas. Pero es más importante todavía, más profundo, porque se remonta hasta a las causas de todas las instituciones existentes.

Nos parece complejo, porque lo abarca todo, pero es sencillamente una lucha a muerte entre el pasado y el porvenir. Se trata de o mantener o de rehacer totalmente, de un extremo a otro del mundo, el estatuto de la vida común.

Todos los cambios ocurridos en el transcurso de los tiempos, todas las realizaciones operadas, son la obra de los pensadores y de los artistas, inventores espirituales que ordenan el progreso.

La guerra ha hecho desplomarse a las apariencias, ha puesto de relieve las mentiras, los viejos errores, los sofismas hábilmente mantenidos que han ocasionado, en el pasado, el largo martirio de la justicia.

En el presente, se impone la necesidad de organizar la vida social según las leyes de la razón.

Puesto que los asuntos humanos no son válidamente regulados más que por la inteligencia humana, pertenecen a los intelectuales, ante todo, la intervención para preparar el reino del espíritu.

El interés general pone en acción, en adelante, cada interés particular y cada uno de nosotros está amenazado si las leyes del pasado dominan a las del presente.

Los intelectuales no permanecerán impasibles; no pueden. Más aún que un deber moral, más que las exigencias imperativas del ideal, es la paz y la vida de todos los hombres lo que ahora se ventila.

No es tiempo de discutir la misión de la élite, de limitar su destino al espléndido aislamiento. Es la hora de que cumpla su deber humano; es tiempo para los que se preocupan de la belleza, de introduciría en la vida, imponiendo la verdad.

Algunos han dejado ya oír su voz por sus esfuerzos son vanos si permanecen dispersos. La obscuridad no se limita a un punto, lo llena todo. ¿Qué hombre puede pretender por sí solo crear la luz?

No hay recursos más que en la voluntad unida de los que saben. Existe un verdadero acuerdo entre los espíritus libres en este momento en el mundo. Pero para ser eficaz debe formularse, levantarse, pues, todos aquellos cuyo pensamiento fraternizar, para que todos se reconozcan. Funden, sin tardanza, a través de las fronteras, su inmensa familia. Su ideal no se realizará nunca si ellos no se deciden a realizarlo.

Para crear esta unión hemos lanzado nuestro llamamiento, que ha tenido un gran eco. Escritores, sabios, artistas, han comenzado a agruparse.

No pretenden ni quieren formar un partido político; quieren formar una entente viva en torno de un ideal vivo. Su esfuerzo es necesario, y el interés que les inspira es el del porvenir.

Trabajarán para preparar la República Universal, fuera de la cual no hay salud para los pueblos. Quieren la abolición de las barreras ficticias que separan los hombres, la aplicación integral de los catorce puntos wilsonianos, el respeto de la vida humana, el libre desenvolvimiento del individuo limitado sólo por las necesidades de la comuni-

dad viviente; la igualdad social de todos, hombres y mujeres; la obligación de trabajar para todo ciudadano válido; el establecimiento del derecho de cada uno de ocupar en la sociedad el puesto que merezca por su labor; sus aptitudes o sus virtudes; la supresión de los privilegios del nacimiento; la reforma, según los puntos de vista internacional, que es el punto de vista social absoluto, de todas las leyes que regulan la actividad humana: Trabajo, Comercio, Industria.

Nuestra liga propagará estos principios y los defenderá, convencida de que las reformas universales se efectuarán en la mayor calma, sin son inspiradas por una élite que se esfuerce no sólo en activar su cumplimiento, sino en difundir el espíritu.

La acción del Grupo Claridad está asegurada por un Comité de Dirección, que adopta todas las iniciativas y se hace el único responsable.

La lista de los adheridos a Claridad no está cerrada, y queremos que no se cierre nunca. Llamamos amistosamente a nuestro lado a todos los que creen en el poder del pensamiento.

Añadiremos que para formar parte de nuestro grupo no es necesario tener un nombre consagrado por el ejercicio de las letras o por la misión científica; el maestro que nos escribe desde una lejana aldea, el estudiante que medita, el joven socialista que se consagra a la causa, todos aquellos cuyo generosidad se dedique al sufrimiento y a la felicidad de los hombres, todos y todas pueden contribuir eficazmente a nuestro esfuerzo.

Solicitamos igualmente la adhesión de todas las agrupaciones animadas de ideas fraternales a las nuestras.

Aparté de los medios de propaganda proporcionados por las reuniones, las conferencias y la difusión de nuestros manifiestos, tendremos publicaciones.

Próximamente aparecerá una revista cuyo título será Claridad, que constituirá nuestro primer órgano de combate. Se constituirán además comités de estudios que investigarán y centralizarán los documentos relativos a los acontecimientos sociales y permitirán que se conozcan en su verdad integral.

Para extender e intensificar nuestra acción, hemos comenzado a crear en diversas partes del mundo secciones de Claridad y crearemos más.

Estas secciones dependerán del comité central y mantendrán con el mismo un contacto permanente de amistad y de ideas.

Estas secciones se desenvolverán, organizarán su propaganda y reclutarán sus adherentes según los mismos métodos.

El Grupo Claridad se propone, en fin, «ser el lazo federativo que unirá todas las asociaciones formadas en el mundo con un objetivo similar al nuestro».

La fusión de todas estas agrupaciones constituirá la Internacional del Pensamiento, tan esperada por los que creen que la paz de los pueblos depende, sobre todo, de su acuerdo moral.

Esta institución no tendrá sólo una existencia abstracta; será una realidad viviente, organizada. Como la Internacional Obrera, tendrá sus congresos y será un día una autoridad bastante fuerte para prevenir las grandes injusticias, para hacerse escuchar de los Poderes Públicos y para participar verdaderamente a la realización armoniosa de un futuro mejor.

Por el Grupo Claridad, El Comité de Dirección: Anatole France, Henri Barbusse, V. Cyril, Roland Dorgès, Georges Duhamel, Charles Gide, Henri Jacques, Laurent Tailhade, Renoud LeFebvre, Madeleine Marx, Charles Richet, Séverine, Sleinitz, Vallant-Couturier.

El futuro de China (por Sem Katayama)

Cuatrocientos años ha que los manchúes invadieron y conquistaron a China, y desde entonces este país ha sido dominado por la dinastía manchú. Los conquistadores tomaron medidas represivas contra el pueblo, lo mismo que impusieron la moda de sus vestidos y la costumbre que tenían de llevar su cabello. Todas las posiciones oficiales fueron el botín de los conquistadores, pero en el curso del tiempo muchos chinos fueron elegidos para servir los intereses de los dominadores manchúes. De este modo, una poderosa burocracia fué establecida.

Los chinos, fatalísticamente aceptaron a los manchúes como dominadores predestinados y humildemente se sometieron a la opresión y explotación. Ellos nunca discutieron el derecho de los dominadores, aunque ellos odiaban a los manchúes como conquistadores extranjeros, y año tras año, generación tras generación, continuaban sirviendo como esclavos. Durante mucho tiempo parecieron casi indiferentes al gobierno. A ellos, naturalmente, no les gustaba pagar impuestos a los manchúes; pero el gobierno ideaba muchos modos para obtener dinero y continuaba viviendo lujosamente en Pekín.

A gobernadores locales o provinciales, en número de 18, les fueron dados plenos poderes, y cada uno de ellos, gobernaba, después según su propio autocrático modo, imponiendo y ajustando los impuestos dentro de su propio territorio. De este modo, el pueblo chino y los dominadores fueron separados completamente; allí no ha existido simpatía entre ellos, pero para la más insignificante posición oficial los ocupantes se reclutaban entre el pueblo, por concurso, formándose de este modo, un eslabón entre los gobernantes y los gobernados. De esta manera los manchúes se aseguraron el elemento más inteligente del pueblo y lo usaron para sus propios fines. Algún ambicioso joven fué provisto con una posición gubernamental, previniendo desde arriba todo movimiento de descontento entre el pueblo. Y las masas, privados de quienes de otra manera habrían sido sus líderes, perdieron para siempre la esperanza de librarse del yugo de los manchúes, y se sometieron a ellos como a un destino fatal de su vida.

El hecho de este fatalismo fué roto por la guerra de 1894 con el Japón. El todopoderoso, divino Emperador y su ejército fueron miserablemente derrotados por el despreciado japonés en batalla tras batalla. Finalmente, China suplicó la paz, pagando una enorme indemnización al Japón y logrando solamente rescatar el territorio con la ayuda de Rusia y Alemania. Bastante pronto, empero, esos dos poderes, establecieron una esfera de influencia en China.

La completa derrota sufrida en la guerra con el Japón y la subsiguiente dominación extranjera de Rusia y Alemania el largo letargo chino, y al mismo tiempo desmigarón la dominación manchú.

Los chinos hasta aquí, tuvieron una casi religiosa fe en el poder del gobierno, pero esta fe se debilitó. Ellos comenzaron a discutir su poder y a estudiar la situación real, y finalmente proyectaron una revolución para destruir la dinastía manchú.

Pronto el movimiento revolucionario se dividió en dos partes: «Los defensores de la nación» y la «Asociación de la joven China». Ambas partes fueron calurosamente apoyados por los meridionales chinos. Los primeros fueron monárquicos constitucionales mientras los últimos participaban de un carácter más revolucionario.

El gobierno de Pekín, viendo el despertar de las masas, se esforzó en prevenir el nuevo movimiento, haciendo ingresar a algunos líderes liberales en el gabinete e inaugurando varias reformas. El antiguo servicio civil y el sistema de examen fué abolido; una universidad fué establecida en Pekín, centenares de estudiantes fueron enviados a los países occidentales y se prometió un parlamento nacional al pueblo. Los reaccionarios, empero, se apoderaron del movimiento e intentaron destruir las reformas. Junn Shikái, se hizo leal de los reaccionarios y

la rebelión Boxer de 1900 fué fomentada para incitar al pueblo contra los extranjeros.

El número de extranjeros en China es pequeño y consiste en dos clases: misioneros y comerciantes, incluyendo peritos de varias especies. Los misioneros son la «vanguardia» de los agentes del capitalismo y son odiados por los chinos. La rebelión Boxer fué una gran desgracia para China, no tanto porque proporcionó a las potencias extranjeras la oportunidad de invadir al país, sino en cuanto colocó al mismo en un gran aprieto por las sumas de indemnización que extrañan del pueblo.

Después que la paz fué restablecida, subió al poder el partido constitucionalista y con ellos se desarrollaron en todas partes del país las tendencias radicales, hasta que finalmente en 1911, la primera revolución derrotó y destruyó completamente a la dinastía manchú. Pero la revolución no llenó sus principales objetivos. Los líderes revolucionarios formaron un gobierno republicano en Nung King, y en su primer parlamento, Sun Yat Sen fué elegido presidente. Pero los revolucionarios fueron incapaces para conquistar Pekín, y finalmente ellos se comprometieron a firmar la paz con el gobierno de Pekín. En un corto tiempo perdieron todo lo que habían ganado en el medio día de China por las intrigas de Juan Shi Kai, el líder reaccionario, a quien se le dió poder para suprimir todo movimiento liberal merced al empréstito extranjero por el negociado.

El Sur de China es muy diferente de la parte Norte del país. El Norte es aristocrático y tiene su posición ideal de gobierno en Pekín. El Sur es una zona mucho más democrática. Los meridionales son industriuosos y progresistas, sus líos oscilan a todas partes, y de vuelta al país traen dinero e ideas de todo el mundo. Los comerciantes del Sur tienen en el mundo vastos negocios y conexiones, y a veces, el carácter de los gobiernos occidentales, mientras aquellos que experimentaron la vida de inmigrantes en países extranjeros donde fueron despreciados y perseguidos, se han vuelto más nacionalistas que el chino del Norte, en el sentido que ellos desean liberar al país de la dominación del dinero extranjero. Fueron los comerciantes del Sur y el modo de vivir chino en el extranjero, que los hizo los más entusiastas sostenedores de la revolución financiera y personalmente; retornaban a China para participar en el movimiento. De este modo la primera y segunda revolución fueron suscitadas en el Sur y la tercera, o presente revolución, ha establecido un gobierno separado en el Sur de China.

Los chinos meridionales son socialistas en política, o por lo menos, la mayoría de los líderes revolucionarios se inclinan al socialismo, en cuanto ellos desean que las minas, los ferrocarriles y grandes industrias estén en poder del gobierno, más bien que en poder de empresas extranjeras, siendo esta la causa porque el Sur tiene poca simpatía entre los capitalistas extranjeros y sus gobernantes, mientras el gobierno de Pekín, que por muchas décadas ha sostenido la influencia de esos capitalistas gracias a los préstamos de dinero, es sostenido y ayudado financieramente por gobernantes extranjeros en sus ataques para apagar a los rebeldes del Sur. De este modo la presente situación en China consiste en un conflicto de intereses entre el Norte y el Sur.

La China del Norte tiene una posición dominante de muchos modos: altos empleos y honores establecidos por el poder reinante, más el país es pobre en recursos naturales, tan pobre, que sin el Sur, el Norte de China, tiene dificultad en sostener un gobierno y satisfacer los créditos extranjeros.

El Sur de China, por otra parte, tiene una vasta población y riquezas naturales inexploadas. Los meridionales desean un gobierno separado, propio, y si ellos pudieran subyugar al gobierno de Pekín, los poderes extranjeros no lo consentirían fácilmente porque han prestado mucho dinero a Pekín y sin el Sur ellos no pueden cobrarlo; y

además perderían en el futuro la concesión de un rico campo, siendo el Sur opuesto a la dominación del dinero extranjero.

La revolución china no será fácilmente completada por sus necesidades nacionalistas, sino por una solución internacional.

El Japón tiene deseos de dominación, tanto políticos como financieros, sobre China. Las masas japonesas, empero, tienen simpatía por la China del Sur, y el olfato de los comerciantes del Japón tiene mucho que ver allí; el gobierno japonés y los imperialistas exteriorizan su simpatía por el gobierno de Pekín; Manchuria está dentro de la esfera de su influencia y Manchuria queda próxima a Corea. Por esta razón el gobierno japonés sostendrá por algún tiempo a Pekín. Pero al fin el Sur de China triunfará; el Japón tendrá que reconocerla y firmar tratados; de otra manera, el Japón será destruido en el futuro por el despertar de la China.

En Corea y Formosa el Japón tiene que afrontar un problema tremendo. Los pueblos de estas regiones miran naturalmente hacia China a fin que los salve de la dominación nipona, y si el Japón no cambia radicalmente de gobierno, se sublevarán. Esto es verdad, especialmente en

el caso de Corea. Los coreanos reconocen actualmente que no pueden lograr su independencia por la gracia del Japón o por los manejos de países extranjeros, aunque las condiciones de Corea en nuestros días, son propicias al bolshevismo. La Corea de un futuro inmediato mirará con simpatía y ayudará al Soviet de Siberia, y antes de mucho tiempo avanzará hacia la meta de su independencia con el apoyo del fuerte despertar chino. China obra también bajo la influencia de la revolución rusa.

Bajo muchos puntos de vista el futuro de China será un campo de observación de los más interesantes. Todos los planos trazados de conjunto por el gobierno de Pekín y los capitalistas extranjeros, ya en camino de realización o a realizarse en un futuro cercano, serán barridos por la estupenda marea que avanza por obra de la revolución rusa.

Todo el Japón Este será del socialismo, a pesar de los gigantes proyectos de las grandes potencias. Esto es una consecuencia del desarrollo inevitable de las presentes condiciones del país y del poderoso movimiento del proletariado de todas las naciones que establecerá una gran Federación Republicana Socialista del mundo entero.

Tomado de «The Revolutionary Age», Abril 5 de 1919.

UN LLAMADO

¡CeDinCI!

Hombre del pensamiento libre: Tú que actualmente estás decidido a no inclinarte ante los viejos ídolos, a no dejarte ni intimidar, ni deslumbrar;

Tú, que en estos días de orgía patriótica, has tenido la noble piedad de reconcentrarte en el pensamiento de los muertos, y el coraje de no murirte a los alborotadores de una victoria que no es otra cosa que el triunfo de la fuerza brutal;

Hombre fuerte, ciudadano del mundo, ¡ven con nosotros!, ¡ayúdanos!

Ha llegado la hora de gritar a todos los ignorantes, a todos los ilusos, a todos los débiles, la verdad que tú has conquistado con el sufrimiento y con la sangre, que debe vencer por el honor de cada uno y la salvación de todos;

Anda, y grita que ningún himno patriótico, ningún emblema, ningún despliegamiento de banderas, impedirán que la guerra — ésta como las otras — consagre otra cosa que no sea la ruina, el hurto y el asesinato;

Anda, y grita que no hay extranjeros, sino una sola familia sobre una misma tierra;

Anda, y grita que a cualquier distancia de tu país vive otro hombre, este hombre te es sagrado, como tú, él gana su pan con el trabajo; como tú, él tiene una esposa e hijos que viven de su vida, y él, como tú, da pruebas de dulzura al elevar de noche la cabeza cansada hacia las estrellas;

Anda, y grita que para armarte contra él no hubo nunca otra razón fuera del provecho de algún mercader o la ambición de algún falso grande hombre, deseoso de pasar a la historia; que estas armas, exhibidas como trofeo

para orgullo de los agrios, no han servido en todos los países más que para enriquecer relativamente a los fabricantes y asesinar a aquellos que se han usado;

Anda, y grita que por doquier, no hubo más que víctimas cuyo interés es de unirse contra aquellos que tienen el no menos evidente interés de dividirlos; que solamente de su internacional, de su fusión triunfal, surgirá la República del Mundo, única razón de ser de la idea republicana;

Anda, y grita que solamente en esta República se cancelarán, junto con las fronteras, los monstruosos privilegios que hasta hoy han podido perpetuarse por el juego del odio y de la concurrencia sabiamente provocada.

Hombre del pensamiento libre, hombre puro, no solamente luchando por un más elevado salario tú servirás tu causa, sino luchando por la verdad, sin compromisos, difundiendo este modo de pensar, que es justo, porque es fraternal;

Ayúdanos, como nosotros te ayudaremos. Trabaja entre quienes te circundan, como también nosotros trabajaremos en nuestro ambiente; éste se forma donde hay hombres que puedan recibir nuestro pensamiento a través de la prensa;

Trabajemos juntos con fe, para que un día, frente al universal desprecio de las conciencias, cuantos viven de tu envilecimiento se horroricen contemplando el fin de su vergüenza y capitulen; y para que la armonía reine sobre el mundo reconciliado.

juizado ligeramente inahables, concediéndoles solamente una pequeña pensión, inadaptable a las necesidades de la existencia, son absolutamente incapaces de trabajar.

La huelga de los agentes es un síntoma del gran cambio que se está operando en el espíritu de la clase obrera. Es notorio que esto aconteció cuando se advirtió que hacer huelga quería decir despido, no obstante las facilidades de salarios y pensiones, y es digno de hacerse notar el hecho de que se huelga de improviso, sin aviso alguno.

Muy importante es la huelga de solidaridad de los ferroviarios de la compañía de los ferrocarriles londinenses y sub-occidentales. Entre nosotros el arma de la huelga de solidaridad hasta ahora era usada raras veces, aunque desde hace mucho tiempo encuentre sostenedores. En la terrible huelga de Dublín, en los días anteriores a la guerra, los obreros irlandeses conjuraron a sus compañeros británicos a hacer uso de ella, lo que habría sin duda, procurado a los obreros una victoria decisiva y puesto fin a las condiciones del más desalentador abatimiento. Pero el llamado no fué escuchado, y los obreros irlandeses fueron derrotados.

Los jefes de las *Trades Unions* británicas son actualmente firmemente contrarios a la huelga de solidaridad y la masa de los obreros, hasta hoy ha parecido incapaz de arriesgarse a la huelga por una cuestión que no sea para ellos de una importancia directa.

Las primeras huelgas generales que han tenido lugar en la Gran Bretaña fueron las realizadas en Glasgow y en Belfast. En Liverpool se está desarrollando algo semejante a una huelga general en solidaridad con los agentes, muchos de los cuales están desocupados; han hecho huelga los traviarios y otras categorías; los panaderos se declararon en huelga, parte por solidaridad con los agentes de policía, y en parte para protestar contra el trabajo nocturno; los carpinteros y los ingenieros igualmente se encuentran sin trabajo. Liverpool se halla en una condición verdaderamente caótica y el gobierno cuida con inquietud la condición de la ciudad.

Los agentes de policía han conducido a su sede a Tom Mann. Como es notorio, Tom Mann es un partidario de la Revolución y de los Soviets, y por el carácter del hombre elegido para dirigir la huelga se puede juzgar la manera de pensar de los agentes de policía. Cuando sabemos que éstos no llegan al punto que llega Tom Mann, daríamos de su modo de sentir otro juicio; pero para esto debería dirigirlos Henderson, Thomas, Snowden o Ramsay MacDonald.

En todo el país los panaderos huelgan contra el trabajo nocturno. Los mineros de Yorkshire, a despecho de toda negociación, se encuentran todavía en huelga y es significativo el hecho que han hecho huelga con los otros también los obreros adictos a las bombas. Esto no había acontecido en ningún precedente conflicto, y esto demuestra una despreocupación de los derechos de propiedad de los emprendedores que hasta ahora no habían demostrado. Una parte del público manifiesta una grande simpatía por los agentes de policía que están en huelga, y en algunos casos aquellos que prestan servicio de orden han sido violentamente atacados.

Toda esta inquietud, debo repetir, es por demás inconsistente. Aquellos que desprecian la autoridad no han llegado aún a adquirir conciencia de sus deseos y concretar-

los, en un cambio de sistema; pero el hecho de que muchos huelguistas y revoltosos no han formulado con precisión sus reclamaciones de reforma demuestra que están descontentos del sistema en general y no tienen fe en ninguna panacea particular.

Mientras tanto, está creciendo el abismo entre los jefes oficiales de los obreros, en el parlamento y en las organizaciones y entre la gran masa. J. H. Thomas, secretario de la Federación de los ferroviarios, que durante la guerra combatió la conscripción y las ganancias, conservó el favor popular por mucho tiempo después que Henderson, Hodge, Barnes y los otros abiertos sostenedores del gobierno lo habían perdido, pero Thomas ha declarado en el parlamento que está dispuesto a sostener al gobierno en el uso de las tropas y de todo otro medio contra los huelguistas, cuya acción sea obstáculo a los servicios públicos, al abastecimiento de los viveres y etc. Dice que es un deber de todo gobierno comportarse de este modo, y que así procedería si fuera primer ministro. Expresándose en tales términos muestra ser contrario a la revolución social. No es la primera vez que significa esto, pero nunca hizo una manifestación tan precisa y que ciertamente provocara una división entre él y los obreros ferroviarios. Su expresión será la causa de un gran descontento en la Federación ferroviaria, lo que quiere decir un paso adelante, puesto que todo descontento se resuelve en una mayor y más intensa reflexión y en un incremento final de la conciencia de clase entre los obreros.

La política de «abajo las armas» contra la intervención en Rusia está haciendo progresos. Debe recordarse que la respuesta dada por el *British Official Labour* al llamado del italiano D' Aragón y de los jefes de C. G. T. de Francia fué negativa; se consintió realizar mitines pero la huelga general fué prohibida por los jefes, no obstante haberse la conferencia de Southport, con una mayoría de 2 a 1, pronunciado en favor de la acción directa contra la intervención en Rusia. Aunque la huelga no se haya declarado oficialmente, la sección londinense de los trabajadores del puerto advirtió a sus miembros que no trabajarían el 21 de Julio y el llamado fué escuchado por la gran mayoría de los obreros. Una buena respuesta fué dada en Northampton South Wales y en otros lugares, pero la proclama oficial produjo su efecto. La «Triple Alianza» (formada por los mineros, ferroviarios y obreros de los transportes) sostiene la política de «abajo las armas», y actualmente ha llegado la votación sobre este punto. ¡Cuán trágico es que la clase obrera inglesa recién ahora adopte una posición contra la intervención, ahora que ha llegado la noticia que el «Soviet húngaro» ha caído! Nosotros esperamos todavía que las noticias sobre Hungría no sean exactas, pero las narraciones que nos llegan son demasiado detalladas y circunstanciadas para que se pueda negarles fe. Nos reconfortamos con el pensamiento que la República Húngara de los Soviets estuvo siempre en una condición precaria, y que los rusos se encuentren en una posición mucho más fuerte por la gran extensión y por los grandes recursos de su territorio, en el cual por casi dos años se han mantenido.

Todavía nosotros sentimos una notable ansiedad, puesto que Churchill el 29 de Julio ha dicho definitivamente en la Cámara de los Comunes que el gobierno continuará enviando municiones y material de guerra a los contrarrevolucionarios rusos, y porque su declaración que las tropas inglesas serán retiradas de la Rusia Septentrional y del Cáucaso, ha sido hecha con tantas reservas, con tantos subterfugios, con tanta ambigüedad, que no se puede hacer ninguna cuenta de ella. En todo caso la promesa de retiro no tendrá su efecto antes del invierno, y Churchill declaró abiertamente que espera que el Soviet antes de esa fecha habrá caído.

Prácticamente las cosas están en estos términos: las tropas inglesas serán retiradas de Rusia cuando los contrarrevolucionarios puedan pasarse sin ellas. Esta es la política de Churchill, y naturalmente, él habla por el gabinete; la unidad de la responsabilidad del gabinete es un principio constitucional.

Los obreros franceses, cuya huelga no fué apoyada por los jefes de la C. G. T. deberían tener en cuenta la declaración de Churchill, que Francia «mantiene sobre las

fronteras occidentales del bolshevismo un contingente de tropas superiores a la que nosotros tenemos hoy en todos los frentes juntos». Y agrega: «los japoneses tienen un grande y vigoroso ejército, el más grande ejército aliado empeñado en los asuntos rusos, en la Siberia y distribuido a lo largo del ferrocarril siberiano. Sobre el ferrocarril siberiano mantienen un fuerte núcleo de fuerzas también los americanos, y me entero por los diarios que el presidente Wilson la semana pasada ha dicho en el Senado, que tenía intención de mantenerlos».

En conjunto la observación que los socialistas ingleses deben hacer en lo que se refiere a su país, es que, bien que las cosas se mueven aquí muy lentamente, se mueven de manera definitiva, y tiene razón Lenin cuando dice que el virus revolucionario se ha extendido también a este país.

E. SILVIA PANKHURST.

LA FUNCION DE LOS MAESTROS

Preparar la paz del mundo y la unión de los pueblos

Anatole France, el admirable escritor francés que dedica su talento a la difusión de ideas e ideales generosos y elevados; pronunció el discurso que damos a continuación en el congreso de los sindicatos de maestros de escuela franceses, efectuado en Tours a principios de agosto último:

«Es un viejo amigo quien viene hacia vosotros. Ya estaba al lado vuestro, cerca del gran Jaurès, en 1906, cuando comenzabais la lucha por el derecho sindical. Adquirido ese derecho, os pertenece reglamentar su empleo, y es por eso que vuestros sindicatos están reunidos.

Este congreso tiene, además, otro objeto de una importancia capital: la reorganización de la enseñanza primaria. No confiéis más que en vosotros mismos para operarla; la prudencia os lo aconseja.

«Es con una verdadera alegría que me enteré ayer del pensamiento de nuestro amigo Glay al respecto.

«La guerra — ha dicho — ha mostrado que la educación popular de mañana debe ser del todo diferente de la de antaño». Deseaba abrirlos mi corazón; veo que los vuestros le corresponden.

«Maestras, maestros, amigos queridos, me dirijo a vosotros con una emoción ardiente, y al hablarlos me agitan la inquietud y la esperanza. ¿Cómo no sentirse presa de una gran turbación pensando que el porvenir está en vuestras manos, y que en gran parte será lo que vuestro espíritu y vuestros cuidados hagan por él?

Fermando al niño determinaréis los tiempos futuros. ¿Qué tarea más grande en la hora actual, en este gran derrumbamiento de las cosas, cuando las viejas sociedades se desmoronan bajo el peso de sus faltas y cuando vencedores y vencidos quedan agobiados unos al lado de otros en su miseria común, cambiando miradas de odio!

Tenéis que hacerlo y rehacerlo todo en el desorden social y moral creado por la guerra y consagrado por la paz que vino en pos de ella. ¡Alzad vuestros corajes, elevad vuestros espíritus!

Lo que debéis crear es una humanidad nueva, lo que debéis despertar son inteligencias nuevas, si no queréis que la Europa se hunda de nuevo en la imbecilidad y la barbarie.

«Se os dirá: «¿Para qué tantos esfuerzos? El hombre no cambia». ¡Sí! ha cambiado desde la edad de las cavernas, siendo ya peor, ya mejor; cambia con el ambiente, y es la educación la que lo transforma, tanto o más, quizá, que el aire o el alimento. No debe dejarse subsistir ni un instante la educación que ha vuelto posible, que ha favorecido — siendo la misma, con poca diferencia, en todos los pueblos que se llamaban civilizados — la espantosa catástrofe bajo la cual aun estamos sepultados a medias. Ante todo, hay que desterrar de la escuela todo lo que puede hacer amar la guerra y sus crímenes a los niños, lo cual exigirá largos y constantes esfuerzos si todas las panoplias no son barridas un día próximo por el soplo de la revolución universal. En nuestra burguesía, grande y pequeña, y aún en nuestro proletariado, son cultivados cuidadosamente los instintos destructores justamente reprochados a los alemanes.

No hace mucho una señora pidió en una librería libros para una niña. No se le ofreció sino relatos y descripciones de matanzas, de asesinatos y de exterminios. En la próxima Cuaresma se verá en París millares y millares de varoncitos vestidos de generales y mariscales por el cuidado inepto de sus madres.

El cine les mostrará las bellezas de la guerra; así serán preparados para la profesión militar; mientras haya soldados habrá guerras, y nuestros diplomáticos han permitido a

los alemanes conservar algunos para poder ellos mismos tener en su país. Nos disponemos a preparar militares desde los pañales.

Es preciso romper con esas prácticas peligrosas, amigos míos. El maestro deberá hacer amar al niño la paz y sus trabajos; le enseñará a odiar la guerra. Excluirá de la enseñanza todo lo que excite el odio hacia el extranjero, aún el odio hacia el enemigo de ayer: no porque deba ser indulgente para el crimen y absolver a todos los culpables, sino porque un pueblo, sea cual fuere, lo componen más víctimas que culpables, porque no se debe proseguir el castigo de los malos sobre las generaciones inocentes y, en fin, porque todos los pueblos tienen mucho que perdonarse unos a otros.

En un hermoso libro que acaba de aparecer y que os aconsejo leer: «Las manos propias», ensayo de educación sin dogma, Michel Corday ha escrito estas bellas palabras que cito para vigorizar las mías: «Aborrezco a aquel haz de la tierra. No tengo odio sino al odio».

Amigos míos: haced odiar al odio. Es lo más necesario y sencillo de vuestra tarea ¡el estado en que una guerra devastadora ha puesto a Francia y al mundo entero, os impone deberes de una complejidad extrema y, por consiguiente, más difíciles de llenar. Permitid que insista en ello. Sin esperanza de recibir ayuda, ni siquiera aprobación, debéis cambiar fundamentalmente la enseñanza primaria, para formar a los trabajadores. En la sociedad de hoy ya no hay lugar sino para los trabajadores; lo demás será arrastrado por la tormenta. Formad trabajadores inteligentes, instruidos en las artes que practican, que conozcan lo que deben a la comunidad nacional y a la comunidad humana.

¡Quemad todos los libros que enseñan el odio! ¡Enalteced el trabajo y el amor! Formad hombres razonables,

capaces de hollar los vanos esplendores de las glorias bárbaras y de resistir a las ambiciones sanguinarias de los nacionalismos y los imperialismos que aplastaron a sus padres.

No más rivalidades industriales, no más guerras: el trabajo y la paz.

Quiérase o no, ha llegado la hora de ser ciudadano del mundo o de ver fenecer toda civilización.

Permitidme, amigos míos, formular un voto ardiente, que debo expresar en una forma demasiado rápida e incompleta, pero cuya idea me parece propia para penetrar en todos los espíritus generosos. Con todo mi corazón, deseo que a la Internacional Obrera pronto venga a agregarse una delegación de los maestros de todas las naciones, para preparar de común acuerdo una enseñanza universal y buscar los medios para sembrar en las inteligencias jóvenes las ideas de las cuales surgirán la paz del mundo y la unión de los pueblos.

Razón, sabiduría, inteligencia, fuerzas del espíritu y del corazón, vosotras, a las que siempre he invocado piadosamente, venid hacia mí, ayudadme, socorred mi débil voz, llevadla si es posible a todos los pueblos del mundo, y difundidla por todas partes donde haya hombres de buena voluntad para escuchar la verdad bienhechora!

Ha nacido un nuevo orden de cosas. Las potencias del mal mueren envenenadas por sus crímenes. Los codiciosos y los crueles, los devoradores de pueblos revientan de una indigestión de sangre. Mientras tanto, fuertemente heridos por la falta de sus amos, ciegos y malvados, mutilados, diezmados, los proletarios permanecen de pie; van a unirse para no formar más que un proletariado universal, y veremos cumplirse la gran profecía socialista: «La unión de los trabajadores hará la paz del mundo».

ANATOLE FRANCE.

CeDInCI

Advertimos a los suscriptores que con el número anterior venció el primer trimestre. Los que deseen continuar recibiendo la Revista deben renovar su suscripción antes de la aparición del 8.º número.

El Administrador.

EN EL PROXIMO NUMERO, ENTRE OTROS INTERESANTES

TRABAJOS, APARECERAN LOS SIGUIENTES:

Manifiesto del grupo «Claridad» contra la intervención en Rusia.

Llamado para la formación de un Partido Comunista en Norte América.

John Reed. — Cómo funciona el Soviet.

N. Lenín y C. Chicherín. — Una circular del Soviet a los soldados extranjeros.

León Trotzky. — De la Revolución de Octubre al Tratado de Brest-Litowsk. (El Soviet Democrático y el Parlamento Preliminar. Los social-revolucionarios y los mensheviki).

La correspondencia y giros, dirigirla a nombre del administrador.

José Nó, Casilla de Correo 1160. Buenos Aires.

Pedir la revista en los kioscos y a los revendedores.

Suscripción \$ 1.— el trimestre.

Número suelto: 0.20 centavos

HAGASE SUSCRIPTOR